

## **Extrañar la filosofía: *Lugar de dudas*, el orgullo historiográfico y la ausencia de la filosofía en la Historia**

**Missing philosophy: *Lugar de dudas*, historiographical pride and the absense of philosophy in History**

**Paulo Córdoba**

Universidad del Rosario

*paulo.cordoba@urosario.edu.co*

### **Resumen**

El presente texto oscila entre historia y filosofía. Su objetivo es mostrar la manera como en una obra reciente y de gran importancia, como es el caso de *Lugar de dudas* de Renán Silva, el análisis de la disciplina histórica se ha reducido al contexto de las Ciencias Sociales, olvidando así aportes de la filosofía que pueden permitir una perspectiva más integral para la crítica historiográfica y la reflexión científico-social.

**Palabras clave:** Historiografía, Historia, Filosofía, Ciencias Sociales, *Lugar de dudas*.

### **Abstract**

This text oscillates between history and philosophy. Its objective is to present the way in which in a recently published book, as Renán Silva's *Lugar de dudas*, the analysis of the historical discipline has been reduced to the context of the Social Sciences, thus forgetting the inputs of philosophy that could allow a more integral perspective and could be useful for the historiographical critique and the social scientific reflection.

**Key words:** Historiography, History, Philosophy, Social Sciences, *Lugar de dudas*.

**Fecha de recepción:** 20 de abril de 2017

**Fecha de aprobación:** 8 de junio de 2017

*Se equivocaría quien lo creyera vanidoso. Lo suyo es orgullo.*

Mario Campaña<sup>1</sup>

Actualmente parece generalizada la tendencia a considerar vanidad aquello que realmente es orgullo, ya sea orgullo de una capacidad, de una obra o de un oficio. Ejemplos de esa confusión abundan a lo largo de la historia de la humanidad: entre poetas como Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, o entre intelectuales de cualquier otra índole, tipo filósofos al estilo de Friedrich Nietzsche y de Arthur Schopenhauer. No importa cuántos ejemplos se puedan enumerar, lo cierto es que el desconcierto despertado por ellos siempre impera, siempre pervive, y parece responder a la forma singular como esa clase de personajes concebían y expresaban sus ideas.

Con el historiador colombiano Renán Silva pasa exactamente lo mismo: su forma de pensar y de expresar sus conjeturas lo han llevado a granjearse diferentes formas tanto de rechazo como de aceptación entre el público lector que pretende informarse acerca de nuevos hallazgos historiográficos.

Por ejemplo, con la obra *Lugar de dudas*, publicada en el año 2014 por la Universidad de los Andes, se evidencia la razón por la cual Silva se ha venido convirtiendo en uno de los pensadores más polémicos del contexto colombiano. Allí el autor dedica considerables esfuerzos a analizar la situación actual de la disciplina histórica y, a partir de reflexiones bastante sólidas, presenta argumentos muy convincentes respecto a las problemáticas que poseen los historiadores y otros científicos sociales al momento de realizar sus investigaciones.

Claramente, un escrito de esa magnitud tenía que despertar disgustos entre los investigadores sociales, puesto que deja en entredicho la veracidad de sus aportes más esforzados. El asunto incluso parece haber llegado a niveles tan álgidos de controversia, que el propio Silva se vio obligado a introducir una nota aclaratoria sobre la intención de sus ideas en la reimpresión del libro, donde afirma que:

<sup>1</sup> Mario Campaña, *Baudelaire. Juegos sin triunfos* (Barcelona: Debolsillo, 2008), 21. La manera como Campaña emplea el término “orgullo” en el contexto que trabaja (la vida de Baudelaire) se asemeja bastante a lo que Ludwig Wittgenstein parece concebir como *certeza*, una suerte de *creencia básica* –para emplear una concepción de Martin Heidegger– que no puede ser evaluada como verdadera o falsa, pero de la que parten todas las demás creencias sobre el mundo en general. “Orgullo historiográfico” o “de los historiadores”, en este sentido y contexto, hará referencia a aquella creencia básica de los historiadores que sostiene que horizontes de conocimiento como la filosofía poco o nada pueden aportar al estudio de la historia como disciplina. La “vanidad”, por el contrario posee un carácter, por lo menos en el contexto trabajado por Campaña, de *in-certeza*, de ahí la necesidad del vanidoso de componerse y re-componerse constantemente. Sobre la “certeza” y las “creencias básicas”, ver: Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus. Investigaciones Filosóficas. Sobre la Certeza* (Madrid: Gredos, 2009), 490; y Martin Heidegger, *El ser y el tiempo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 32.

*Lugar de dudas. Breviario de inseguridades* ha sido bien recibido por el pequeño público lector que se interesa por estos temas, en apariencia de sentido puramente académico. Sin embargo, algunas gentes del oficio en varias instituciones universitarias en que hay departamentos de historia, se han molestado con su contenido y han visto en este librito un ataque contra los que practican el oficio de una manera diferente de la mía. ¡Error total! Nada tengo que ver con ese tipo de discusiones, casi siempre ejemplos de polémicas *ad hominem*.<sup>2</sup>

En efecto, una explicación de esta índole permite inferir más los disgustos causados por la obra que los aportes que subyacen en ella. Por tal razón, el presente ensayo buscará mostrar las fortalezas y debilidades que caracterizan al libro *Lugar de dudas* de Renán Silva, por lo cual se realizará, ante todo y a lo largo del texto, una síntesis de algunos de los argumentos más importantes planteados por el autor con la finalidad de evaluarlos analíticamente; de esta manera, se mostrarán sus vacíos reflexivos con base en una premisa principal: si bien Silva realiza un muy buen planteamiento del problema de los estudios históricos en Colombia, en relación a su necesidad evidente y urgente de acudir a otras disciplinas de las ciencias sociales, deja de lado la relevancia de la filosofía en su crítica, por lo que resultará útil acudir a los planteamientos de Hans-Georg Gadamer y de José Ortega y Gasset para contrastar sus ideas con los planteamientos de la obra aquí comentada.

Un ejercicio como este permitirá dos cosas: sacar a la luz los problemas que se encuentran en *Lugar de dudas*; pero también construir sobre ellos algunas conjeturas propias, las cuales parten de la profunda convicción de que la filosofía y la historia son disciplinas que se afectan mutuamente, a pesar del distanciamiento absurdo que se ha producido entre la filosofía y el conjunto de las ciencias sociales.

Así las cosas, es menester empezar la síntesis del libro de Silva siguiendo lo más cerca posible la estructura planteada por el propio autor, sin que ello implique perder de vista algunas anotaciones al margen, que pueden resultar de alguna utilidad en el análisis. En consecuencia, se debe partir de que inicialmente la obra –como ya se mostró– presenta una aclaración sobre sus intenciones, las cuales son ante todo académicas; no obstante, en esa misma explicación aparece otra preocupación del autor que gravita sobre el tema de la instrumentalización política de la historia: Silva es consciente de que, de la mano con el proceso de paz iniciado en Colombia, la historia paulatinamente irá cumpliendo funciones de una especie de catalizador de los enfrentamientos políticos entre posturas divergentes, lo cual resultará nocivo para la disciplina histórica debido a que “para las urgencias de la política el saber histórico como tal no existe”.<sup>3</sup>

2 Renán Silva, *Lugar de dudas. Sobre la práctica del análisis histórico. Breviario de inseguridades* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2014), 11.

3 Silva, *Lugar de dudas*, 12.

Ya desde las primeras páginas de *Lugar de dudas* se empieza a percibir el tremendo orgullo que siente el autor por la Historia –como disciplina- y, por ende, se podrá inferir que sus reflexiones posteriores gravitarán sobre ese mismo orgullo. Por ejemplo, la queja o la crítica –como se quiera concebir– real de Silva es que actualmente, en el contexto colombiano se ha venido reduciendo la historia a un solo aspecto de su naturaleza, esto es, la escritura. Ese planteamiento va acompañado de una reflexión cuidadosa de la teoría post-estructuralista de Michel De Certeau, quien explica que son tres los componentes que permiten la existencia de una disciplina sobre la historia: en primer lugar, el hecho de que la historia siempre se escribe desde un lugar social de enunciación que permea y condiciona al historiador; en segundo lugar, que la historia lleva a cabo una práctica que le es propia y original, como es el caso de la recurrencia al archivo y sus fuentes; y, en tercer lugar, que la historia posee una especie de “puesta en escena literaria”, una escritura mediante la cual se expresa poniendo en público sus conjeturas analíticas.<sup>4</sup>

En ese sentido, como se puede observar, lo que realmente pretende Silva es hacer un llamado de atención sobre estos componentes característicos de la historia con la finalidad de criticar la visión reduccionista que ha llegado a considerar a la historiografía como un simple acto de escritura, como un “aspecto ornamental” del quehacer humanístico, más que como un intento por contribuir a una “ciencia general de la sociedad”, para citar algunos de los términos empleados por Hayden White en referencia a la disciplina histórica y que fueron ya analizados por Carlo Ginzburg en su ponencia <<*Unus testis*>>,<sup>5</sup> donde el italiano debate el verdadero alcance de la historia, al parecer ignorado por el mismo White.

Empero, a pesar del buen argumento elaborado por Silva, el autor no deja de lado el contexto desde el cual –y para el cual– está hablando. Sabe perfectamente que en Colombia la tradición historiográfica no ha sido muy potente en contraste con otros países, y lo expresa de una manera adusta y retadora con el objeto de reforzar aún más el argumento esbozado con gran maestría según el cual, “[e]n todo caso, sobre la base de la escasa tradición de trabajo en el campo de los estudios históricos en Colombia, los efectos de la reducción del análisis histórico a la *escritura* han sido fuertemente empobrecedores y destructores de la disciplina del historiador”<sup>6</sup>. Sobre este postulado el autor volverá al final del libro donde escribe sobre la no-espontaneidad del oficio del historiador, y sobre la dificultad que implica escribir historia.

4 Michel de Certeau, “L’opération historiographique,” en *L’écriture de l’histoire* (París: Bibliothèque des histoires, Nouvelle Revue Française (NRF)-Gallimard, 1975) Citado en: Silva, *Lugar de dudas*, 20-21.

5 Carlo Ginzburg, “Unus Testis. El exterminio de los judíos y el principio de realidad,” en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Carlo Ginzburg (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 308.

6 Silva, *Lugar de dudas*, 23.

Ahora bien, durante el primer acápite del libro, el autor revisa las aparentes diferencias entre historia y ficción, para lo cual recurre a los argumentos del ya mencionado historiador italiano Carlo Ginzburg con el objeto de resaltar que tales diferencias están constituidas tan solo por un conjunto de disparidades de *grado* y no de *naturaleza*. En otras palabras, Silva afirma que esa contraposición (historia/ficción) no va allende una falsa oposición, en tanto que olvida el proceso mediante el cual ella misma llegó a erigirse como disparidad, razón por la que ha de volverse sobre el pasado para intentar explicar ese fenómeno de oposición: “La historia de la diferencia entre análisis histórico y ficción no ha sido, por así decirlo, la de un leve desencuentro. Su historia es la historia de una relación de fuerzas cambiante y discontinua, hecha a veces de simpatía, pero desde el siglo XVIII mucho más de antipatías y de exclusiones”.<sup>7</sup>

Acorde a esto, el autor técnicamente se va referir a una necesidad de historizar la ficción con la intención de hacer evidentes algunos aspectos que permitan explicar su relación con la historia, como por ejemplo el lugar social que ocupan las creaciones humanas:

La renovación conceptual presente en el análisis histórico y de la que a lo mejor aún no sacamos todas sus consecuencias, aunque hayamos iniciado ya su pretendida deconstrucción, tiene que ver también con el hecho de dar un *lugar en la sociedad* a esas creaciones del espíritu y de la imaginación que se encuentran en la base de las creencias y, en general, de la acción humana, al mostrar que esas realidades no son menos sociales que las demás y que es posible estudiarlas en su papel de formadoras de la realidad y de formadas por la realidad, una perspectiva hace tiempo practicada por el análisis histórico contra la ilusión de la existencia de ideas descarnadas, sin relación con los procesos materiales de la vida social.<sup>8</sup>

En ese sentido, inmersa en este argumento, se encuentra una crítica de Silva contra la historiografía contemporánea, y es que los investigadores muchas veces no cuestionan los instrumentos que les permiten analizar el pasado, “como si esas nociones [ficticias] no contuvieran siempre ese <<residuo>> de su época y condiciones de formación que el trabajo epistemológico de cada investigador debe someter a escrutinio, antes de que los viejos sentidos de época y los significados culturales del pasado se trasladen en silencio a sus propios análisis”,<sup>9</sup> cosa que puede perjudicar considerablemente los resultados o hallazgos definitivos de los trabajos de investigación elaborados por cualquier historiador o investigador social.

---

7 Silva, *Lugar de dudas*, 29.

8 Silva, *Lugar de dudas*, 37.

9 Silva, *Lugar de dudas*, 41.

En este punto, antes de proseguir, es relevante mencionar que una crítica de este estilo se asemeja bastante a la diatriba que ya antes había esbozado José Ortega y Gasset en el prólogo que escribe para introducir el Tomo I de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Friedrich Hegel, donde pone de relieve que “[e]s inaceptable en la historiografía y filología actuales el desnivel existente entre la precisión, usada al obtener o manejar los datos y la imprecisión, más aún, la miseria intelectual en el uso de las ideas constructivas”.<sup>10</sup>

Con base en esto, llama la atención –y esta es la razón por la cual he recurrido al pensamiento de Ortega– el hecho de que Renán Silva no considerase o simplemente no conociese los aportes que de la filosofía emergieron a la manera de una reflexión crítica sobre la disciplina histórica. Consecuentemente, teniendo muy presente el tiempo en que vivió José Ortega y Gasset (1882-1955), puede evidenciarse que ese pensador escribía desde antes o casi a la par que los historiadores que intentaban dar cuenta de las características propias de su disciplina, lo cual pone en evidencia la importancia de estudiar las reflexiones de Ortega sobre la disciplina histórica; no solo por el hecho de que tales cavilaciones constituyen más aportes críticos contra dicha disciplina; sino también porque se constituyeron desde la perspectiva filosófica centrada en la historia en general y que no es para nada analizada por Silva en *Lugar de dudas*.

Mas, en defensa del historiador colombiano, debe precisarse que son escasos –por no decir inexistentes– los historiadores que, además de estar orgullosos de su profesión, se dedican a pensar los aportes reflexivos de la filosofía sobre la disciplina histórica, sin caer en reduccionismos comunes donde se afirma que la filosofía es simplemente abstracción banal y, como tal, no puede llegar jamás a comprender la verdadera magnitud de la historiografía; hipótesis que intentaré refutar más adelante, hacia la conclusión de este ensayo.

Por ahora, es preciso seguir con la síntesis del segundo capítulo de *Lugar de dudas*, donde Silva se refiere a la dificultad de imaginar presentes muy disímiles de los que se conocen por experiencia propia. En ese capítulo, la invitación del autor es a volver la mirada sobre el psicoanálisis para asimilarlo como una forma de percibir las relaciones sociales; es decir, a sacarlo del ámbito privado para llevarlo al dominio público, donde se encuentra su verdadero valor, pues “[...] no debería olvidarse que en la perspectiva del propio Freud el psicoanálisis no estaba llamado a ser en el futuro una práctica de consulta privada, sino una forma de crítica de la vida cotidiana y de la literatura, es decir, de esclarecimiento de la vida individual y colectiva”.<sup>11</sup>

Esto último será llevado por el autor a otra perspectiva, a saber, la ofrecida por el marxismo. A partir de ello, Silva retoma la noción de des-naturalización social marxista para afirmar que “las sociedades son sujetos de cambio” que deben ser pensados

10 José Ortega y Gasset, “La “filosofía de la historia” de Hegel y la historiología,” en *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal [Tomo I]*, George Wilhelm Friedrich Hegel (Barcelona: Altaya, 1994) 22.

11 Silva, *Lugar de dudas*, 48.

y re-pensados constantemente para alcanzar hallazgos al estilo de los que presentan las obras de larga duración, en donde se evidencia el poder del trasegar del tiempo,<sup>12</sup> esto es, en donde se advierte que todo tiene sentido porque están presentes los dos elementos de la fórmula de análisis histórico planteada por el historiador francés François Furet: “[el] tiempo y la transformación”.<sup>13</sup>

Claramente, este planteamiento es una respuesta al problema de la naturalización de los fenómenos sociales pasados que debe ser eliminado por el hecho de constituirse como una muletilla para los investigadores. No obstante otra muletilla –advierte Silva– que debe ser eliminada, dado que puede ser tan nociva como la *naturalización*, es la que corresponde a la *exotización del pasado*. En este punto, cabe resaltar que dicho razonamiento parece obstaculizar uno de los argumentos que plantea Hans-George Gadamer en *El problema de la conciencia histórica*, donde el pensador alemán afirma que “[p]odemos <<definir>> el sentido histórico por la disponibilidad y el talento del historiador para comprender el pasado, quizá incluso exótico, a partir del contexto propio desde donde él se encuentra”.<sup>14</sup> Casi todos los elementos en la estructura de este argumento de Gadamer son bien asimilados por el pensamiento de Silva (de hecho, abren paso a la reflexión que este último inicia en el tercer capítulo de su libro), pero es en la idea de concebir el pasado como algo posiblemente “exótico” donde las perspectivas chocan de manera abrupta, pues el colombiano propone evitar cualquier tipo de tendencia que derive en una especie de “*retórica de la alteridad*”<sup>15</sup> que esencialice el objeto de estudio de la investigación histórica, y sustente las diferentes perspectivas post-modernas tendientes al discurso defensor de cuestiones que deben ser tratadas con gran seriedad y partiendo de sus condiciones de época.

A lo que apunta Renán Silva con este postulado es que debe tenerse precaución con las novedosas formas de tratar el pasado, las cuales, poco a poco, están derivando en militancias que han servido al post-modernismo a la manera de excusas para evitar una preparación intelectual amplia en las disciplinas de las ciencias sociales. Esta temática será tratada por el autor en el último capítulo de *Lugar de dudas*, donde escribe que “esa *militancia de la simpatía enamorada y aduladora* por ciertos grupos sociales –en este caso los grupos subalternos a los que se quiere liberar o cuya historia, por lo menos, se quiere reconstruir– no nos saca del aprieto de las dificultades intrínsecas que plantean las ciencias sociales”.<sup>16</sup>

Sin embargo, si bien el descuido que tiene Gadamer con el término “exótico” –que probablemente de haber sido leído alguna vez por Silva, habría sido condenado sin compasión alguna– responde a una falta de reparo no muy grave respecto a la

12 Silva, *Lugar de dudas*, 53.

13 François Furet, *L'atelier de l'histoire* (París: Flammarion, 2007). Citado en: Silva, *Lugar de dudas*, 56.

14 Hans-Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica* (Barcelona: Tecnos, 2003), 42.

15 Silva, *Lugar de dudas*, 62.

16 Silva, *Lugar de dudas*, 137.

selección de las palabras empleadas por el alemán para explicar su perspectiva; pues lo cierto es que todos los demás elementos de su argumento juegan un papel preponderante en su explicación sobre el proceder de la historiografía consciente. Ejemplo de ello es la extensión de la propuesta gadameriana que indica, en palabras disímiles a las empleadas en la cita anterior, que “[t]ener sentido histórico significa esto: pensar expresamente en el horizonte histórico que es coextensivo con la vida que vivimos y que hemos vivido”,<sup>17</sup> esto es, pensar “el pasado por el presente”<sup>18</sup> y viceversa, en palabras de March Bloch.

Antes de pasar al análisis del tercer acápite de *Lugar de dudas*, resta mostrar una última conjetura en torno a la aparente disonancia entre el argumento de Gadamer y el de Renán Silva: la preocupación principal del historiador colombiano en torno al asunto de la exotización del pasado, responde ante todo a la ideologización que sufre la historia debido a la tergiversación que sufren, por cuenta de las perspectivas contemporáneas, los objetos de estudio de la historiografía. A este respecto, Gadamer exhibe un argumento que termina por fundamentar aún más la noción defendida por Silva y es que:

[E]s necesario mirar más allá del sentido inmediato para poder descubrir el <<verdadero>> significado oculto. Esta generalización de la noción de interpretación remonta a una concepción nietzscheana. Según Nietzsche, todos los enunciados que reconstruyen la razón son susceptibles de una interpretación, ya que su sentido verdadero o real no nos llega más que asimilado y deformado por las ideologías.<sup>19</sup>

En esa dirección, tiene mucho más sentido lo que plantea Silva en tanto que, acorde a la interpretación de Nietzsche hecha por Gadamer, resulta más nítida la reflexión acerca de la fuerte influencia que ejerce la ideología sobre el proceder científico-social, razón por la cual no es nada extraño que tras las investigaciones post-modernas exista una suerte de ocultamiento de intenciones que pretenden legitimar ciertas formas de militancias sociales y políticas que nada tienen que ver con la naturaleza del análisis histórico; sino que, más bien, terminan opacándolo en muchos sentidos al excusar la poca preparación de quienes están convencidos de tales militancias y tienden a exotizar el pasado con el fin de justificar sus debilidades intelectuales.

Así, resulta necesario volver sobre la síntesis sistemática del texto de Silva, pasando de esta manera al tercer segmento del mismo. En este, el autor inicia subrayando la importancia del pasado para el análisis histórico que muchas veces se considera desprendido del presente. Expresamente, Silva nunca deja de considerar la importancia del presente en la historiografía, pero llama sobre todo la atención acerca de dos

17 Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, 43.

18 Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952), 38.

19 Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, 44.

aspectos que solo la distancia temporal permite: “la introducción del tiempo como punto en que se refleja y se puede reconocer el cambio histórico y [e]l recurso de la distancia temporal –a la mirada retrospectiva– como una forma de distanciamiento frente a los fenómenos analizados”.<sup>20</sup>

Ambos aspectos resultan de gran importancia para la investigación histórica en tanto que su carácter de disciplina responde arduamente a un cierto ideal de objetividad, ideal que solo parece ser posible gracias a la posibilidad de distanciamiento temporal entre el investigador (historiador) y su objeto de estudio (historia), que descansa en el extraño y maravilloso mundo del pretérito.

Acto seguido, la preocupación de Silva continúa centrándose en la manera como el presente puede llegar a condicionar las preocupaciones historiográficas. Para esto, el autor toma el caso de Colombia y explica la manera en que el pasado violento reciente lo ha acaparado casi todo en la investigación histórica, llegando incluso a opacar posibles temáticas de indagación de gran relevancia. Al respecto, pueden citarse algunas de las palabras de Silva que sustentan esta idea:

Me parece, por ejemplo, que en el origen de la noción unilateral de la sociedad colombiana como *cultura de la violencia* y en la reducción de su historia y de su memoria a la violencia, como de manera repetida se hace, hay esa interpretación del pasado sobre la base del presente reciente de la que hablo, así como la práctica del peligroso principio de interpretación que hace que la *forma actual* que asumen los grandes problemas de la sociedad [...] se erija en el modelo de todo pasado.<sup>21</sup>

Como se puede evidenciar, la crítica a la supremacía del presente sobre el pasado es recurrente en el tercer acápite de *Lugar de dudas*, acaso porque el autor se preocupa bastante por el estado de la disciplina histórica en la actualidad; una época donde abundan los objetos de estudio cada vez más novedosos y atomizantes del pasado, pero también donde han empezado a emerger ciertos objetos que han terminado *tergiversando* radicalmente diversas épocas remotas que deben ser pensadas en cuanto tales, es decir, en cuanto contextos lejanos en el tiempo que poseen características particulares, las cuales deben ser *descifradas* por medio de la *comprensión*.<sup>22</sup>

20 Silva, *Lugar de dudas*, 67.

21 Silva, *Lugar de dudas*, 69-70.

22 Empleo el término “comprensión” en el sentido hermenéutico de desciframiento de sentido de un mundo que está-ya-ahí, de un mundo que es siempre mundo-con-sentido, de un mundo-real. Esta postura se opone directamente a los tipos de constructivismo más radicales como los defendidos por Vivien Burr, *Social Constructionism* (Londres: Routledge, 1995), 46-62. Para una mayor precisión del presupuesto hermenéutico-realista, ver: Heidegger, *El ser y el tiempo*, 7, 9, 12, 13, 32, 33 y 34; Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método I* (Salamanca: Sígueme, 2012), 331-378; y Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método II* (Salamanca: Sígueme, 2010), 51-62.

En este sentido, el reproche a la supremacía del presente sobre el pasado de Silva resulta bastante interesante, puesto que con ello este historiador demuestra comprender mejor que muchos el postulado de Marc Bloch, cuya finalidad es invitar a la humanidad a un *diálogo* entre el pasado y el presente, y cuya pretensión jamás fue realizar un juicio sobre cuál de los dos tiempos en mención debía primar; o de lo contrario no sería un diálogo<sup>23</sup> en constante estado de construcción y re-construcción.

Ahora bien, esta fuerza que ha cobrado la militancia a favor de la supremacía del presente sobre el pasado no es en absoluto un fenómeno de la “era” post-moderna, como asume Silva; se trata más bien de una cuestión enteramente moderna. Y fue Gadamer uno de los pensadores que más tiempo y esfuerzo dedicó a esta tesis:

La conciencia moderna toma –justamente como <<conciencia histórica>>– una posición reflexiva en la consideración de todo aquello que es entregado por la tradición. La conciencia histórica no oye más bellamente la voz que le viene del pasado, sino que, reflexionando sobre ella, la reemplaza en el contexto donde ha enraizado, para ver en ella el significado y el valor relativo que le conviene.<sup>24</sup>

La postura gadameriana, caracterizada por un gran conocimiento de la historia del pensamiento y un profundo respeto por la *tradición*, por aquello que proviene *conservadamente* del pasado, es clara y concisa en torno al problema de la tergiversación de la historia con miras al sustento de lo elucubrado en el presente. Esta perspectiva encuentra ya en la Ilustración lo que Silva considera un problema de la Post-Modernidad: en la búsqueda por la eliminación de los pre-juicios como camino hacia la objetividad pura, el movimiento ilustrado (moderno) muchas veces empleó erróneamente la tradición (historia) con el fin de sustentar sus ideas y esto resultó tan erróneo como su antítesis radical, esta es, la idea romántica de que la tradición debe ser recuperada y asumida sin posibilidad de refutación.<sup>25</sup>

Aunque el argumento de Silva considere la militancia post-moderna como causa de la tergiversación del pasado y no el interés por alcanzar una objetividad pura (absurda dentro de la atmósfera post-modernista), es posible observar que el argumento de Gadamer demuestra que el problema mismo de tergiversar la historia no es en lo más mínimo algo novedoso y que salidas al problema ya han sido propuestas por las filosofías que reconocen que la historia debe ser entendida como un proyecto de búsqueda de la

23 Existe un artículo que puede ayudar a precisar algunas características y tipologías principales del fenómeno *dialógico*; está enfocado hacia los problemas del diálogo inter-religioso, pero las ideas allí consignadas cobran un carácter tan general como interesante: Carlos Miguel Gómez Rincón, “La hermenéutica intercultural de Raimon Panikkar,” *Franciscanum* LVII, 164 (2015): 19-43.

24 Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, 43.

25 Para la hermenéutica gadameriana, debe existir un punto intermedio donde la tradición, a pesar de merecer un profundo respeto, también es proclive a ser criticada y transformada. Ver: Gadamer, *Verdad y Método I*, 344-352.

verdad, a partir del cual debe sustentarse el pensamiento humano en general; pero, como es de esperarse, este tipo de propuestas no han sido escuchadas o han sido tomadas por absurdas a partir de la deslegitimación de la pregunta por la verdad.<sup>26</sup>

Así, llama la atención lo que propone Silva en un sobresalto analítico con el fin de intentar hallar soluciones para algunos de los problemas que se le presentan a las ciencias sociales en sus labores investigativas:

Existen instrumentos de crítica y de autorreflexividad sobre nuestro propio trabajo que nos pueden ayudar en ese camino: la crítica desapasionada de nuestras visiones, la consideración de versiones opuestas a las nuestras, así como una cuidadosa atención a todos los datos que habitualmente dejamos de lado por descuido o más bien por temor o por querer ser fieles a nuestros idearios, o por el pánico real de que nuestras construcciones se derrumben y los mitos en que afirmamos las interpretaciones que nos ofrecen consuelo y seguridad se vengán a tierra, deberían ser instrumentos efectivos para ayudarnos a comenzar a salir, sin salir nunca del todo, de la encrucijada en que nos encontramos encerrados.<sup>27</sup>

No obstante, esta presunta salida al problema no es en absoluto una idea original del colombiano. La hermenéutica encontró durante su apogeo, a principios del siglo pasado, uno de los mayores problemas de la *comprensión* en el fenómeno del no-escuchar, y demostró que la única forma de progresar en el conocimiento de lo que somos y de lo que nos circunda es a través del diálogo, de la crítica y de la auto-crítica; pero también, y sobre todo, a través del rectificarse, pues “[m]al hermeneuta el que crea que puede o debe quedarse con la última palabra”.<sup>28</sup>

También en los planteamientos de Ortega y Gasset podemos encontrar el presupuesto básico de esta idea: “[a]ntes que sujetos psíquicos, somos sujetos sociológicos [n. 2: Esto es lo que Hegel llamó *espíritu objetivo*]”.<sup>29</sup> Por consiguiente, está en manos de los investigadores la potestad de construir socialmente reflexiones que les permitan evitar caer en errores analíticos muy serios, tales como los que emplea Silva para reflexionar sobre las complicaciones científico-sociales más graves: *anacronismos* o *etnocentrismos*, dos términos que constituyen la preocupación central del capítulo cuatro de *Lugar de dudas*.

26 Las prometedoras perspectivas filosóficas que intentan sustentar un realismo crítico y que han ido evolucionando a lo largo de las últimas décadas resultan muy interesantes al respecto de este tema. Leer: Roy Bhaskar, *The Possibility of Naturalism. A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences* (Londres: Routledge, 1998), 1-18; Christian Smith, *What is a Person?* (Chicago: University of Chicago Press, 2010), 119-219; y Hubert Dreyfus y Charles Taylor, *Retrieving Realism* (Massachusetts: Harvard University Press, 2015), 131-148.

27 Silva, *Lugar de dudas*, 80-81.

28 Gadamer, *Verdad y Método I*, 673.

29 Ortega y Gasset, “La “filosofía de la historia,” 31.

Con la puesta en evidencia de la preocupación por la condición actual de la historiografía y su propuesta-solución, Silva muestra un conocimiento irrefutable de la teoría y la práctica sociales, pero queda en entredicho su conocimiento de postulados filosóficos que se adelantaron considerablemente a muchas de sus reflexiones basadas en presupuestos científico-sociales. Al respecto, me gustaría mostrar otro ejemplo en medio de la reconstrucción del libro trabajado. Cuando el autor pasa a mostrar específicamente la diferencia existente entre dos problemas que acechan a toda investigación científico-social, como son el caso del *etnocentrismo* y el *anacronismo*, sugiere las siguientes definiciones:

Quando extendemos a otras sociedades contemporáneas nuestra experiencia singular, convertida en medida de toda forma de vida, haciendo reinar nuestros valores en sociedades que deberían ser interrogadas desde sus formas propias de entender el mundo –no necesariamente para aprobar sus comportamientos, sino para tratar de comprenderlos y poder establecer su lógica y racionalidad a partir de su funcionamiento propio– hablamos de *etnocentrismo*. Cuando aplicamos a sociedades del pasado formas de análisis y categorías que pertenecen a nuestro mundo y a nuestra experiencia del mundo, hablamos de manera corriente de *anacronismo*.<sup>30</sup>

Tales definiciones permiten comprender un poco más la naturaleza de las problemáticas que deben enfrentar las ciencias sociales; pero no solventan otra de las problemáticas de gran relevancia que aquejan a ese tipo de disciplinas y que el propio Silva identifica muy bien, a saber, que

[A]unque poco se admita, la mayor parte de lo que las ciencias sociales y el análisis histórico presenta como *conceptos*, corresponde mucho más a nociones, es decir a estructuras conceptuales con un bajo umbral de epistemologización por lo que muchas de tales nociones corresponden con toda exactitud a lo que se llama el reino de las nociones confusas.<sup>31</sup>

Si bien esta observación de Silva aparenta originalidad, la preocupación sobre la cual gravita ya había sido tratada mucho tiempo atrás por Ortega y Gasset, cuando el pensador español aseveró que “[l]os historiadores profesionales se han limitado casi siempre a teñir vagamente su obra con las incitaciones que de esos filósofos [Montesquieu, Voltaire, Schelling, Hegel, Teine, etc.] les llegaban, pero dejando aquella muy poco modificada en su fondo y sustancia”.<sup>32</sup> En consecuencia, ello terminó perjudicando el rigor conceptual de las ciencias sociales que cada vez son menos reflexivas en la cimentación de abstracciones que les podrían permitir mejores aportes al pensamiento formal y a la construcción de conocimiento.

30 Silva, *Lugar de dudas*, 83-84.

31 Silva, *Lugar de dudas*, 85.

32 Ortega y Gasset, “La “filosofía de la historia,” 17.

Por consiguiente, parece bastante claro hasta aquí que algunas de las preocupaciones más importantes desarrolladas por Silva en *Lugar de dudas* ya habían sido planteadas por filósofos como Gadamer y Ortega; el inconveniente es que aparentemente el historiador colombiano no fue consciente de ello al escribir su texto, tal y como prueba el hecho de que esos autores no reciban una sola referencia a lo largo de todo el libro. Así pues, surge la preocupación por la manera como Renán Silva dejó relegado en todo su análisis, un amplio horizonte de conocimiento como es el de la filosofía, tendiendo así a centrar más su atención sobre las ciencias sociales que sobre el pensamiento de quienes franquearon los límites de la Historia con mayor destreza que la mayoría de los científicos sociales.

Podría decirse que el acápite más cercano a una revisión de postulados filosóficos es el quinto, donde el autor se dedica a reflexionar sobre el problema del lenguaje, sus ventajas y sus dificultades como herramienta del análisis histórico. Allí Silva acude a la obra de Michel Foucault para sustentarse en la idea de que “el lenguaje es la gran forma de acceso al análisis social, ya que *lo dicho* “[...] es la puerta de entrada a los sistemas de clasificación, de jerarquización y de representación que caracterizan a una sociedad determinada”.<sup>33</sup> Y es a partir de esto que el autor habla sobre los inconvenientes que pueden presentarse al historizar el lenguaje propio de una época, lenguaje que implica un conocimiento filológico previo al análisis histórico que permite la escritura de la historia.

Con base en esto, Renán Silva sostiene que en la reconstrucción del pretérito debe realizarse un valeroso ejercicio de des-ligamiento del presente que condiciona al investigador, dado que “la introducción de un cierto vocablo enrarece nuestra comprensión de la propia vida política de esa sociedad [perteneciente al período investigado]”.<sup>34</sup> Así, la invitación del autor es a mantener cierta distancia con el lenguaje, pues el significado y el significante de las palabras varían dependiendo de las épocas en que éstas tienen vigencia y aplicabilidad. Algunos ejemplos, como los trabajos de los medievalistas y los colonialistas permiten ilustrar mejor esta idea, ya que las fuentes escritas de tales contextos casi obligan a esa clase de investigadores a desarrollar esa precaución.

Sin embargo, aún con estas breves referencias a los postulados de Foucault y demás, Silva se queda corto en el análisis de la posible relación existente entre la filosofía y la disciplina histórica, lo cual quizá responda a la creencia desatinada que abunda entre los historiadores de ver los aportes filosóficos como banales e inútiles para pensar el pasado de la humanidad. El problema es que si aquello que se pretendía en *Lugar de dudas* era una labor de síntesis de los problemas más grandes que presenta la Historia, entonces se debieron dedicar algunas páginas a ese gran problema

---

33 Silva, *Lugar de dudas*, 101.

34 Silva, *Lugar de dudas*, 122.

sobre la relación entre esa disciplina y la filosofía, puesto que la teoría de las ciencias sociales no es simplemente un conjunto de marcos metodológicos a seguir por parte de tales disciplinas en su práctica; por el contrario, esta “es filosofía propiamente dicha”<sup>35</sup> y, como tal, merece especial atención para tratar de comprender algunos de los problemas más importantes del pensamiento humano en general.

Pero ¿cómo centrar la atención en una forma de filosofía sin acudir a la historia del quehacer filosófico en general? En este punto bastará con mencionar que, para que lo anterior tenga lugar formidablemente, será necesario para los historiadores aplacar un poco el orgullo de su profesión y decidan abrirse para escuchar las voces precedentes a la investigación histórica como tal, y que muchas veces –por no decir que en la mayoría de los casos– son llevadas a cabo por pensadores estudiosos de la filosofía. Tal vez cuando eso suceda, y solo tal vez, algunos de los monopolios más cerrados del pensamiento serán abiertos y compartidos entre disciplinas, como por ejemplo la escritura de las infames historias de la filosofía que paradójicamente no son escritas por historiadores, sino por filósofos.

Como último comentario para concluir este texto -cuya finalidad nunca pretendió ser de carácter propositivo (esto tomaría muchísimo más espacio) sino diagnóstico-, me gustaría añadir una salvedad en torno al “reproche” que hago al historiador Silva por no acudir a la filosofía en su diagnóstico del problema del análisis histórico en Colombia: la salida fácil ante la filosofía por parte de una gran mayoría de científicos sociales, no puede ni podrá jamás responder a “cuestión de gustos teóricos”, sobre todo porque esta razón resulta absurda al demostrar la falta de desarrollo de un pensamiento filosófico mínimo en el marco de las ciencias sociales, pensamiento cuya exigencia básica es y siempre ha sido la precisión en la investigación, además de una gran originalidad en la crítica (este elemento es lo que más se extraña en la lectura de *Lugar de dudas*).

De acuerdo con esto, culminaré mi reflexión afirmando que a pesar del gran trabajo de síntesis realizado por Silva, su obra pierde precisión y originalidad al dejar de lado el campo filosófico del pensamiento, dado que dentro de este campo existen numerosas propuestas que pueden permitir pensar la historia de manera mucho más integral y como un fundamento básico para el conocimiento humano. Y esto no es un argumento *ad hominem*, ni pretende serlo; tan solo es una puesta en evidencia de un problema que no elegí arbitrariamente, sino que he podido detectar –por supuesto con ayuda de la filosofía– en el ámbito de la disciplina histórica.

Sin duda alguna esta discusión no está saldada y, probablemente, no estará saldada de manera inmediata en cuanto sea tomada en serio por los historiadores (si es que algún día llega a serlo). Sin embargo, si en algún momento el extrañar la filosofía en el marco de la disciplina histórica llega a convertirse en un asunto compartido por

---

35 Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, 45.

las nuevas generaciones de estudiosos del pasado de la humanidad, quizá entonces exista alguna oportunidad para avanzar en el largo camino hacia una Historia mucho más *pensante*, en la cual sea posible acudir a los aportes de muchos sabios aún no tenidos en cuenta por el gremio de los historiadores, pues no cabe la menor duda de que los referentes mencionados aquí para diagnosticar una simple falencia de un libro, no agotan el enorme universo de autores que han constituido el mundo de la filosofía a lo largo de muchos siglos.

De ese modo, queda abierto un amplio horizonte de trabajo para los futuros historiadores, cuya preparación debería o deberá exigir ir más allá de la historia para progresar intelectualmente, a nivel personal, y para mejorar las condiciones de su propia disciplina, a nivel social. Si ello algún día llegara a cumplirse, cuando pregunten en muchos años ¿qué quedó de esta época, de nuestros aportes, para la Historia? Podremos responder: “quedó la filosofía”.

## Bibliografía

Bhaskar, Roy. *The possibility of naturalism. A philosophical critique of the contemporary human sciences*. Londres: Routledge, 1998.

Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

Burr, Vivien. *Social Construccinism*. Londres: Routledge, 1995.

Campaña, Mario. *Baudelaire. Juegos sin triunfos*. Barcelona: Debolsillo, 2008.

Dreyfus, Hubert., y Charles Taylor. *Retrieving Realism*. Massachusetts: Harvard University Press, 2015.

Gadamer, Hans-Georg. *El problema de la conciencia histórica*. Barcelona: Tecnos, 2003.

———. *Verdad y Método I*. Salamanca: Sígueme, 2012.

———. *Verdad y Método II*. Salamanca: Sígueme, 2010.

Ginzburg, Carlo. “Unus Testis. El exterminio de los judíos y el principio de realidad.” En *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Carlo Ginzburg, 297-326. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Gómez Rincón, Carlos Miguel. “La hermenéutica intercultural de Raimon Panikkar.”  
*Franciscanum* LVII.164 (2015): 19-43

Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Ortega y Gasset, José. “La “filosofía de la historia” de Hegel y la historiología.” En  
*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, George Wilhelm Friedrich  
Hegel, 15-32. Barcelona: Altaya, 1994.

Silva, Renán. *Lugar de dudas. Sobre la práctica del análisis histórico. Breviario de  
inseguridades*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2014.

Smith, Christian. *What is a Person?* Chicago: University of Chicago Press, 2010.

Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus. Investigaciones Filosóficas.  
Sobre la Certeza*. Madrid: Gredos, 2009.